

«Rotos, pero enteros...» (M. Benedetti)

Luis Enrique Hernández González

Miembro del Instituto E. Mounier.

...«De esta manera, merece la pena vivir la vida, como el Dios del Evangelio, crucificado, roto, pero entero».

Iñaki Cámara.

Hace unos meses me acerqué, casi por casualidad, al Hospital de Leza para charlar un rato con Iñaki Cámara. Yo no le conocía pero me habían hablado mucho de él: sacerdote, de Vitoria, misionero en Ecuador, de 47 años de edad, que había contraído una extraña enfermedad degenerativa que le mantenía postrado en cama desde hace 10 años, con el cuerpo totalmente paralizado, en la habitación 208 del Hospital de Leza. Quienes lo habían conocido antes que yo, afirmaban que una tarde pasada con Iñaki no te dejaba indiferente.

Por aquellas fechas, Diciembre del 96, se estaba dando bastante difusión en los medios, al caso de Ramón Sampedro, conocido enfermo tetrapléjico de La Coruña, que llevaba 28 años sin abandonar su lecho. En amplio despliegue informativo la prensa, la radio y la TV, se hacían eco de los pleitos que esta persona venía llevando a cabo con la Audiencia Provincial, solicitando la eutanasia que pusiera fin a tantos años de sufrimiento y dependencia.

Algunos sospechábamos por entonces, que después de la polémica habida en torno a los supuestos legales para realizar prácticas abortivas, el caso de Ramón, podría ser

una especie de globo sonda, punta de lanza, para ir creando opinión en la sociedad en torno a la necesidad de legalizar situaciones concretas de eutanasia. En aquellos días, parecía que el único enfermo tetrapléjico del país era Ramón Sampedro y que la actitud más lógica y normal de enfrentarse a dicha enfermedad era la suya.

Por eso mi interés en descubrir y hacer pública alguna experiencia de vida similar pero con una actitud marcadamente diferente.

Al entrar en su habitación e intercambiar las primeras palabras con Iñaki pude comprobar que sus condiciones fisiológicas estaban aún más deterioradas de lo que había dejado ver el célebre tetrapléjico coruñés, en sus apariciones públicas. La calidad de vida de Iñaki se adivinaba enormemente tortuosa y su dependencia de Sor Antonia, era total. Antonia, trabajadora del Hospital y su *alter ego*, se dedicaba en cuerpo y alma a su servicio. Sin embargo, el gesto de Iñaki no era lastimero, aunque a duras penas podía elevar la mirada y su respiración y su voz comenzaban a participar de la falta de movilidad de su cuerpo. —«¡Qué hay majillo; tu dirás!»—.

Le expresé claramente mi intención, en un intento de implicarle de la manera que creyera más conveniente, en mi proyecto de expresar públicamente otra forma distinta de vivir una experiencia de vida tan dura. La actitud de Iñaki fue de

un tremendo respeto por Ramón: —*Yo no puedo compartir su planteamiento, pero lo respeto. Es un sentimiento muy humano y legítimo. Yo mismo cuando comencé a notar que mis piernas flaqueaban (1984) sentí una profunda depresión. Fue mi noche oscura del alma, que duró dos largos años.*—

Iñaki nació en 1948 en Vitoria. Desde muy pequeño lo tenía muy claro; él quería ser misionero, por eso a los 10 años ingresó en el Seminario Menor de Vitoria. Allí realizó sus estudios y se ordenó en 1972. Pasó a formar parte de un equipo de misioneros diocesanos, GMC y al poco tiempo fue destinado a Ecuador trabajando en Arenillas y Huaquillas durante 11 años, periodo que siempre consideró como el más feliz de su vida. Así vivió hasta 1984 año en el que empezó a sentir los primeros síntomas de su enfermedad, que le obligó a dejar su América Latina. Estuvo atendiendo alguna parroquia de la Diócesis de Vitoria hasta 1988, momento en el que su limitación física se hizo más aguda y se vio en la necesidad de ingresar en el Hospital de Leza. —*Aquí, día a día me atienden, me asean, me peinan, me lavan, me levantan y me acuestan*»—

—¿Cómo te enfrentas a la adversidad de una enfermedad como esta?

—*No voy a ser tan iluso para decir que soy feliz en la situación en la que me encuentro. Es verdad que*

es una experiencia de vida muy dura. Precisamente en estos momentos y esta situación, uno con fe titubeante, grita el por qué de la cruz y como respuesta hay un silencio profundo. A Jesús también le pasó. Yo no voy a ser menos. Pero te digo la verdad, en medio de ese silencio profundo, poco a poco, con mi fe balbuceante voy descubriendo la respuesta de Dios. Primero en la familia, que ha estado presente, cerca de mí, cuando más lo necesitaba, con entereza y naturalidad. En Antonia, que además de su trabajo sabe escucharme y trata de comprender mi situación. A través de los compañeros y amigos que acuden con sus tesis doctorales, sus problemas personales etc., la infinidad de cartas llegadas de todas partes de España, visitas desde Ecuador; en el personal médico y enfermero que me atiende... esta habitación que en un principio entendí como un lecho de muerte, ha ido convirtiéndose en una sala de tertulia, lugar de encuentro, confesionario... Tengo el mejor púlpito de la Diócesis.

—¿Para tí cual es el sentido de la vida?

—Soy feliz de ser cura y de haber vivido mi experiencia en América Latina. Allí, en medio de la pobreza, en medio de muchas necesidades, en medio de alegrías y penas, en medio de tantas esperanzas, traté de anunciar el Evangelio y ser testigo de él. Pero me ocurrió algo muy importante, y es que en medio de los pobres descubrí al Dios del Evangelio. Descubrí entre los pobres al Dios de los pobres. El Evangelio es muy claro, nosotros somos los que complicamos todo. El Evangelio es muy sencillo y allí lo descubrí yo entre aquellas pajas y pesebres de Arenillas y Huaquillas. En medio de tanta pobreza, el Dios de los pobres estaba allí, en unas pajas de hambre, de necesidades, de pena de enfermedades, pero también en unas pajas de amor una solidaridad impresionante. Yo siempre digo que fui a misiones a evan-

gelizar y el evangelizado fui yo, «gracias porque has escondido estas cosas a sabios y se lo has revelado a la gente sencilla», y eso me pasó a mí, me despojó de muchas teologías de libros que yo tenía, me quedé con un poco, que es mucho, de la teología del Evangelio, la teología de ese Dios de los pobres. Yo recuerdo cuando era seminarista y leía aquello del Evangelio que «los que dejen casa, familia... por mi cuenta recibirán el ciento por uno», y yo decía, eso del ciento por uno ¿por qué será? porque no se trata de dinero; yo no sabía qué interpretación dar, pero te puedo asegurar que es cierto. Eso se palpa en América Latina. El pequeño granito de arena que pones te da una respuesta y un fruto que lo sientes en la gente. Se ve en las cintas que me envían de las comunidades eclesiales de base, y me cuentan como han avanzado en los pequeños trabajos comunitarios, han llegado a hacer una bodega (tienda)... yo me digo orgulloso que lo que comenzó hace veinte años con una comunidad de ocho jóvenes, ahora son ochenta. Merece la pena el esfuerzo, merece la pena la vida, merece la pena intentarlo.

—¿Cómo planteas en tu vida la presencia del mal, del sufrimiento, de la muerte?

—Hace ya más de un año estaba yo aquí, sentado en la butaca y recibí una visita. Una persona que no conocía yo, se presentó y me preguntó por mi enfermedad. Yo le comenté cual era mi situación. Y después de un rato de estar hablando, más o menos me dijo esto: "Mira ñiaki; esta situación que te ha tocado vivir Dios te la ha mandado para bien de tu alma y para bien de muchas almas.

Yo, en este momento, guardé un pequeño silencio. Y en ese instante me vino a la mente y al corazón la fe en ese Dios de la vida que me descubrieron aquellos campesinos en Ecuador. Yo le contesté: «Mira, perdóname, pero lo que acabas de decir, para mi entender, en mi fe, es un in-

sulto a Dios, es una blasfemia». Él se extrañó y se sorprendió. Yo le continué explicando: «Mira: yo creo en un Dios que es infinitamente bueno y misericordioso. Además, tengo la suerte de que ese Dios es mi Padre. Entonces para mí es totalmente inconcebible que ese Dios me haga pasar por todo esto, ¡a un hijo suyo! Si así fuera, no sería mi Dios, no sería mi Padre. Si a mí me está tocando vivir esta situación difícil, no es porque Dios me la ha mandado, sino porque creo que la naturaleza humana tiene sus ritmos y también su fallos, y a mí me ha tocado sobrellevar uno de esos fallos de la naturaleza. Lo que Dios hace en esa situación es acompañarme y echarme una mano para con su apoyo, afrontarla con entereza».

¡Qué pena que hayamos confundido la imagen de Dios en el Evangelio!: El Dios del castigo, el Dios de la resignación, el Dios mercantilista. Un Dios, un Jesús, que no hace sino todo lo contrario: luchar contra el hambre cuando había gente que estaba con hambre, luchar contra el dolor cuando había gente con dolor, trataba de hacer lo posible por sacarlos del dolor y de la enfermedad. Si había un leproso, trataba de curarlo. No se le acercaba y le decía «Resígnate, porque esto es muy valioso para tí y para todas las almas del mundo». No, Jesús sanaba. Jesús no quiere el dolor, no quiere el sufrimiento. Incluso ante la muerte, Jesús lloraba: Jesús sentía el dolor de la muerte cuando vio que llevaban a enterrar al hijo de la viuda de Naim.

—Observando los usos y abusos de nuestra sociedad postmoderna, carente de valores profundos, que solo estima el dinero: «tanto tienes tanto vales», donde al parecer la felicidad se puede comprar, donde el esfuerzo, la solidaridad, la gratuidad son reliquias del pasado y donde ya nadie pregunta por Dios ¿Cabe mantener una esperanza de cambio?

—Te voy a leer una poesía: «Nací amarrado a los alambres de púas

de un latifundio. Viví en las marismas de un suburbio. Todo lo que tengo es un machete romo, un sombrero de paja viejo y una camisa de flores... / ...Yo lavo los trapos de la señora Sofia que juega a las cartas con sus amigas después de tomar el chocolate y asistir a misa. Mientras se seca la ropa crío a mis hijos.

Luego llega un señor a mi casa borracho que dice que es mi marido, exigiendo sus derechos. Y yo me digo: ¡Ni por la noche me dejan tomar un respiro! Te cuento, fui al médico y me dijo: mulata ¿Cuánta plata tienes? ¡Poquito doctor, la vida es cara! Pues vendes los chanchos y vienes con la plata. Un señor «estudiado» tomaba café con un libro en la mano y me dijo que tire la toalla, que no es posible el cambio. ¡Que tire la toalla él carajo! Yo lucho por la vida, yo no vendo la dignidad al diablo.»

Pongo mi atención en esa escena en que el señor estudiado le dice a la señora María que tire la toalla, que no es posible el cambio. Este señor con toda «su cordura» y su «sentido común» trata de hacerle ver a la señora María que es imposible cambiar esta realidad de la pobreza ya que el gigante es enorme y tiene mucho poder.

Yo, en mi experiencia en Ecuador, confieso que tuve esa misma opinión en muchas ocasiones cuando acompañando en largas reuniones, observaba cómo los pobres, en medio de una tremenda realidad, reflexionando la Palabra de Dios y

compartiendo los trabajos comunitarios iban descubriendo con alegría que es posible salir juntos de la pobreza y la marginación. «Mejor tirar la toalla» y «no es posible cambiar esto» cierto, pero yo me resisto a aceptar la «cordura» y el «sentido común» del señor estudiado. Yo me quedo con la locura de la

hacer presente la Buena Nueva rechazando el poder y haciéndose pobre y así construir en este mundo el Reino de Dios. No cabe duda que esta manera de pensar y de vivir es una idea descabellada en esta sociedad donde lo más importante es el tener y el poseer y donde lo que vale es lo que produce, lo útil; lo

inútil se tira, no sirve para nada. Los sueños, sueños son, pero quien no tiene sueños alguna vez, está muerto.

Nota

Es evidente que este artículo es insuficiente para reflejar la extensa e intensa conversación que seguimos teniendo. Yo notaba que Iñaki disfrutaba de la conversación, a la vez que su rostro iba manifestando un cierto cansancio. Al final, el personal enfermero me terminó desalojando cortésmente. Nos despedimos. Me dijo: —Me has tirado mucho de la lengua, pero la próxima vez que vengas te prometo hablar menos y escuchar más. Debo reconocer que tenían razón quienes me baticinaron un sentimiento renovado, después de un encuentro con Iñaki. Todavía hoy sigo rumiando muchas cosas de aquella entrevista. Han pasado los meses y al final, entre los dire y diretes he decidido transformar en artículo, para la revista *Acontecimiento* lo que en un principio deseaba haber sido una sencilla biografía sobre Iñaki. El 8 de Agosto me acerqué a Leza para contrastar su parecer con lo escrito. Me encontré con sor Antonia que me notificó que el 31 de julio, fiesta de san Ignacio de Loyola había celebrado

sus bodas de plata del sacerdocio y ese mismo día había empezado a sentirse mal. Una obstrucción intestinal, debida a su falta de movilidad, había sido la causa. Fue un trance grave, pero al parecer el peligro había pasado y en breve le darían el alta. El 11 de agosto de 1997 me llamó un sacerdote amigo para comunicarme que Iñaki había fallecido.



Señora María y de tantos pobres en Ecuador y en otras partes del mundo que luchan por un mundo nuevo, superando las dificultades y problemas juntos, pasito a pasito a manera de pobres. Yo me quedo con la locura de Dios, la locura del Evangelio: un Jesús que trata de